

## Prólogo

Habrà a quien extrañe que este libro se publique en el 2012, tras el bicentenario de la muerte de Jovellanos, que se conmemoró en el 2011. Habrà quien después de congresos, exposiciones, catálogos, ciclos de conferencias y publicaciones diversas, se pregunte ¿y después de todo esto, otro libro sobre Jovellanos? Las conmemoraciones, cuando sirven para algo, mueven el debate, actualizan los términos de las interpretaciones e invitan a relecturas. Precisamente, *después* de todo ese trabajo, fruto de toda esa reflexión, de todas esas propuestas, llegarán nuevos estudios. A fin de cuentas, las reflexiones sobre Jovellanos venían de mucho antes —en 1812 publica Antillón su biografía— y es lógico que prosigan más allá del 2011, por ser Jovellanos paradigma de la Ilustración española, el *clásico* de nuestra Ilustración.

Digamos que los dieciochistas, simplemente, seguimos camino y que éste ha sido largo y complejo. En el año 2000, el maestro de dieciochistas, Ernest Lluch, en el que sería uno de sus últimos escritos antes de su asesinato, lamentaba en un tono inusualmente beligerante el proceso de «extorsión y de falsificación» al que había sido sometida la obra de Jovellanos. El argumento base había sido anticipado por Miguel Artola en 1962, al afirmar que «la vinculación de la obra de Jovellanos a un concreto ideario o grupo político» constituía «uno de los temas más debatidos» en los estudios sobre el ilustrado gijonés. En el 2005 Pedro de Silva apuntaba un elemento de fondo que a modo de resaca lastraba muchos de los acercamientos a su figura: la imagen de santo laico que subyacía en algunas, abocándolas al elogio hagiográfico.

En un goteo discontinuo pero sostenido en el tiempo, la historiografía jove-llanista ha ido perfilando un amplio y variopinto catálogo de adscripciones ideológicas, políticas, económicas y hasta religiosas del ilustrado: Jovellanos conservador, Jovellanos demócrata, Jovellanos católico, Jovellanos jansenista, Jovellanos anticlerical, Jovellanos masón, Jovellanos afrancesado, Jovellanos patriota, Jovellanos liberal, Jovellanos smithiano, Jovellanos mercantilista... Relación que podría extenderse caso de contabilizar algunas aportaciones que, violentando una intimidad que Jovellanos reservó para sí y dejó fuera de la esfera pública, no han

tenido reparo en opinar o teorizar sobre pasiones, intereses o inclinaciones nunca confesadas por el autor.

Pero no se puede blindar una investigación contra el tiempo y cada una de esas interpretaciones sólo será capaz de resistir su paso cuando realmente haga avanzar la frontera del conocimiento: cuando, partiendo de una metodología científica construida sobre hipótesis realistas y criterios contrastables y aportando nuevos datos, textos o interpretaciones contribuya a la mejor comprensión de la obra de Jovellanos. Es indudable que la ampliación del corpus documental, la especialización de las diversas áreas de conocimiento, las mejores aproximaciones al contexto histórico o político pueden añadir información y escenarios que amplíen o cuestionen las conclusiones ya alcanzadas. Pero en ningún caso serán de recibo aquellas que han transgredido la ética de la investigación forzado los argumentos hasta descontextualizar la obra de Jovellanos para utilizarla al servicio de las más variopintas causas.

Vista con buenos ojos, tal vez quepa valorar esa, vamos a llamarla, libérrima pluralidad interpretativa como prueba fehaciente de la vigencia y del interés suscitado por la obra del gijonés, y al análisis de esa magna corriente publicística se han dedicado ya esmerados estudios. A fin de cuentas, la convivencia y pervivencia de todas estas interpretaciones de su figura, construcciones culturales e históricas, que en muchos casos no son más que hechuras de cada tiempo, expresa a las claras la potencia de un clásico cuya imagen hemos construido a lo largo de dos siglos.

Para comprender ese aluvión de versiones en que se ha movido el jovellanismo, puede ser útil recordar una nota inherente al horizonte cultural de la Ilustración europea y española. Nos referimos al carácter enciclopédico e interdisciplinar de la producción intelectual de sus más conspicuos representantes. Recuérdense, a título de ejemplo, las más de 622 obras en prosa legadas por Jovellanos, los 1.643 escritos de Olavide o los más de 800 de Campomanes... Una poligrafía tal remite inevitablemente a una época en que las ciencias no habían definido todavía sus fronteras con una metodología y un instrumental analítico que las dotara de especificidad: humanidades y ciencias estaban aún entrelazadas, pues aún no se había producido la fractura entre ambas que C. P. Snow juzgara en los años cincuenta del pasado siglo como uno de los mayores males de la cultura occidental moderna. Por el contrario, para los ilustrados, henchidos de pasión por el saber y motivados por una infatigable curiosidad, el interés por los asuntos económicos no excluía la pasión por los artísticos, ni la atención a los literarios, a los educativos, los jurídicos o los filológicos..., del mismo modo que el dominio de las lenguas clásicas condecía sin reparos con las lecturas en francés e inglés.

Súmese a esto otra cuestión fundamental: el pensamiento de Jovellanos, y de buena parte de su generación, cambia con los años, por conformarse a lo largo de tres décadas en que el país transita desde el Antiguo Régimen a la preparación de las Cortes de Cádiz, vislumbrando a lo lejos las incendiarias luces de la revolución; y por estar marcado, además, por unas circunstancias personales en que median años de política activa, un destierro, un efímero ministerio y un encarcelamiento de siete años. Además, Jovellanos se expresa con graduada contundencia según escriba en el diario, a un amigo o a los colegas de distintas instituciones; según escriba un borrador o ya condicionado por la impresión.

Estos dos factores, amplitud y cambio, han de tenerse en cuenta para la acertada valoración de sus afirmaciones, pero no siempre ha sucedido así. El frondoso árbol jovellanista resulta atrayente para la poda de improvisados jardineros que, ayunos de las más elementales precauciones botánicas, se muestran incapaces de discernir entre las ramas y el tronco que las alimenta: una frase aquí o unos párrafos más allá son útiles argumentos que, ataviados con el aval de la cita de autoridad, convierten a Jovellanos en una fuente de legitimación para exégesis peregrinas. Éste es en buena parte el origen de los muy diversos Jovellanos que en dos siglos se han moldeado.

Resultaría casi gratuito interrogarse sobre las causas que hacen que Jovellanos sea hoy un «clásico», por los motivos de la unanimidad con que se valora su trayectoria vital e intelectual: respecto a la primera, aquella unanimidad remitiría a su compromiso cívico y político con España y con Asturias, a su incorruptible y virtuosa condición ciudadana, a la consecuencia entre su ideario y su actuación pública; respecto a su producción, la citada unanimidad radicaría en la valoración de sus textos sobre educación, economía y política, el núcleo duro de la aportación jovellanista a las Luces españolas y europeas: está fuera de discusión que el *Informe de Ley Agraria* es la pértiga que ha permitido a Jovellanos y a la Ilustración española saltar por encima de las fronteras nacionales.

Y ya estas alturas, es hora de acercarnos al motivo que guía este prólogo: ¿en qué medida el libro que el lector tiene entre sus manos hace avanzar la frontera de nuestros conocimientos sobre Jovellanos? Alcanzar tal objetivo debiera ser la condición que otorgase justificación a éste y a cualquier proyecto investigador y editorial. Apelando a categorías jovellanistas —*quid verum, quid utile*—, verdad y utilidad habrían de ser requerimientos ineludibles. Y esta obra cumple dichos principios.

Hay verdad porque Vicent Llobart aporta al lector una guía de todas estas «lecturas» a que nos hemos referido, y de sus razones y de sus operaciones. Cabría albergar la esperanza, quizá vana, de que con estas explicaciones las versiones sesgadas o interesadas tocaran a su fin; al menos los lectores dispondrán de sólidos argumentos para enjuiciar aquellas extorsiones de que Lluch hablaba.

Y hay utilidad porque con el bagaje acumulado por muchos colegas y por él mismo durante décadas, es capaz de restituir las muy diversas ramas del pensamiento de Jovellanos al todo por el que discurre la savia que las sostiene, integrándolas ordenadamente en el tronco original. La actual especialización de los estudios conduce en ocasiones a una excesiva fragmentariedad en que cada quien trabaja y cuida su rama con esmero pero sin alcanzar a dar una visión del bosque; en esta obra se ofrecen precisamente las claves explicativas que dotan de coherencia, unidad y carácter sistemático a unos escritos sólo aparentemente dispersos o heterogéneos. Y esas claves tienen que ver con el núcleo analítico del discurso de Jovellanos, que aquí identifica Vicent Llobart como el «círculo virtuoso» en que se engranan economía, política, educación y «felicidad pública».

La economía, en tanto ciencia, aporta el instrumental preciso para diagnosticar los males que alejan a España de Europa. Una vez acotados los «obstáculos», corresponde a la política establecer líneas de actuación y prioridades. A lo largo de su obra, especialmente a partir de la experiencia acumulada en los años de su destierro gijonés, Jovellanos alcanzará tres conclusiones relevantes. La primera, que la dotación de recursos productivos —materias primas, capitales, trabajo—, siendo condición necesaria, no es requisito suficiente para el crecimiento económico. Y, en consecuencia, y es la segunda conclusión, que el marco institucional y político —tanto si obstaculiza como si apoya— es determinante para que aquellos recursos se utilicen de forma eficiente. Por esa vía —y anticipándose, como advirtiera Fuentes Quintana, a las modernas teorías del capital humano—, Jovellanos hace de la educación el eje del cambio en una doble dirección: la educación es fuente de productividad, de innovación, de ciencias útiles y, sobre todo —y de nuevo el gijonés anticipa las tesis de D. C. North y del actual neoinstitucionalismo—, porque es la mejor garantía tanto para el control de las instituciones y la gobernanza política, a través de la opinión pública, como para que éstas ofrezcan incentivos, seguridad y certidumbre a largo plazo y faciliten el compromiso de los agentes económicos con el desarrollo.

En el horizonte, la «felicidad pública», que como el propio Jovino se encargará de matizar, no aparece como lejana utopía de orden exclusivamente moral, sino como una deseable e inevitable conquista individual y social: el estado del bienestar en que pueden ser felices los ciudadanos.

Para transitar el camino hacia ella, hacia la perfectibilidad en cualquier ámbito, no habrá atajos: consciente de la ausencia en la sociedad española de una masa crítica que apoye las reformas, testigo del poder de quienes se resisten a los cambios y observador directo de los excesos revolucionarios, su opción es la aplicación gradual de las reformas. En el Jovellanos de la «Ilustración tardía» —en el Jovellanos de la *Memoria en defensa de la Junta Central*—, lúcido testigo

de la transición hacia el absolutismo no ilustrado, se advierte ya el ocaso del optimismo de sus años sevillanos y una amarga premonición sobre el futuro de España: desde 1814, los hechos acabarán dándole la razón.

Nadie mejor que Vicent Llobart —editor de Jovellanos y Campomanes, en cuyos estudios han dialogado las diversas generaciones ilustradas bien arropadas por el contexto histórico como telón de fondo— para acompañarnos en este viaje; un viaje que, siguiendo la máxima horaciana tan querida a los neoclásicos —*prodesse et delectare*—, además de deleitarnos, ilustrará, nunca mejor dicho, nuestro conocimiento del gijonés y de la Ilustración española.

ELENA DE LORENZO ÁLVAREZ  
JOAQUÍN OCAMPO SUÁREZ-VALDÉS  
*Instituto Feijoo de Estudios del Siglo XVIII*  
*Universidad de Oviedo*